

ARTHUR CONAN DOYLE

El valle del terror

por **Eduardo Torres-Dulce Lifante***



JOSÉ MARÍA PONCE, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

Con una primera parte que es una novela policiaca clásica, y una segunda elaborada como un complejo thriller, El valle del terror (1915) supuso la resurrección literaria del profesor James Moriarty, el archienemigo de Holmes, un malvado a la altura del genial detective, que murió o se volatilizó en «El problema final» (1891) relato que, en un principio, debió ser la tumba también para el inquilino de Baker Street. Moriarty, conocido como el «Napoleón del crimen» fue el malvado inteligente, elegante, despiadado y seductor que se merecía no sólo Holmes, sino la Inglaterra victoriana que lo vio nacer.

El *valle del terror* es la cuarta y última novela larga que Conan Doyle consagró a Sherlock Holmes. Se publicó por entregas en el *Strand Magazine* desde el mes de septiembre de 1914 al mes de mayo de 1915, con 31 ilustraciones debidas a Frank Wiles. En los Estados Unidos publicó la novela por entregas (20 de septiembre-22 de noviembre de 1914) la *Associated Sunday Magazines*.

Posteriormente, la novela se editó en forma de libro, primero en los Estados Unidos el 27 de febrero de 1915 (George H. Doran Company), y luego en Inglaterra, tras finalizar las entregas con el *Strand*, el 3 de junio de 1915 (Smith, Elder and Co). La primera edición, de 6.000 ejemplares, se vendió rápidamente y hubo una segunda reimpresión en ese mismo año de 1915.

Dos en una: novela policiaca y thriller

En la estructura de *El valle del terror*, Conan Doyle se atuvo a un modelo muy clásico en las novelas populares del siglo XIX (Dumas, Sue, Dickens, Collins); superponer a la trama principal otra más o menos conexas con ésta. Esta técnica la empleó Doyle en *Estudio en escarlata*, cuya segunda parte se centraba en una suerte de *western* de aventuras y melodrama amoroso en el escenario de la sociedad mormona de Utah. En *El signo de los cuatro* se interpolaba un relato que era una aventura kiplingiana en la India de las sublevaciones y, finalmente, en *El sabueso de los Baskerville*, aunque plenamente integrado en la trama principal, Doyle recogía un relato de terror medieval centrado en la vida del Señor de Baskerville, que había dado origen a la leyenda del sabueso infernal.

En *El valle del terror*, la primera parte, subtitulada «La tragedia de Birlstone», es un brillante relato, muy clásico, en la mejor vena de las aventuras de Holmes. En cambio la segunda parte, subtitulada «Los Batidores», es un complejo *thriller* centrado en un valle minero norteamericano agitado por convulsiones sociales y dominado por una sociedad secreta. La novela finaliza con un corto epílogo, que sirve, fun-

damentalmente, para unir las dos partes de la novela y concluirla de manera dramática.

En todo caso, el lector no debe tener queja de esta estructura, pues merced a ella tiene ocasión de disfrutar del versátil talento de Conan Doyle como narrador puro, capaz de sacar de su pluma registros bien variados en temas y géneros muy diferentes.

El valle del terror adopta en su primera parte el tono y el estilo de la novela policiaca clásica, de la novela problema, de la novela quién-lo-hizo, ésa que exasperaba a Hitchcock y que a tantos de nosotros nos ha fascinado y entretenido y continúa haciéndolo. Una novela policiaca cuya edad de oro va de Doyle, bastante atípico en todo caso frente al canon del género, hasta Agatha Christie, que para mi gusto es un exceso típica y canónica. Entre ambos se cuenta una pléyade de espléndidos novelistas y artesanos del relato, en su mayor y mejor parte impecable e implacablemente británicos, matemáticos en sus tramas y por lo general extraordinariamente inventivos en sus alambicados desenlaces.

La aventura holmesiana de *El valle del terror* comienza con el detective cómodamente instalado divagando en sus habitaciones en Baker Street y casi de repente ya está viajando hacia la campiña inglesa. Esa campiña por la que vagan domésticas serpientes asesinas, inválidos y monstruosos veteranos de las guerras hindúes, vengativos hidalgos, aristócratas crueles, marinos retirados que ocultan terribles secretos, sabuesos infernales, extravagantes ciclistas solitarias, arriesgadas institutrices de pelo cobrizo, y siempre el lado raro de la vida, el crimen oculto tras un verde prado y una casona respetable. En *El valle del terror*, Holmes y Watson viajan al corazón de Sussex, donde les aguarda un crimen imposible cometido en un lugar cerrado, en el caso de autos una especie de castillo menor cuyo solar se erigió en



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

Moriarty, el «Napoleón del crimen»

por Juan Tébar*

Se ha escrito y hablado mucho acerca de este personaje, dándole un volumen de importancia parejo con su talento, pero no con su escasa presencia en las aventuras de Sherlock Holmes. Moriarty aparece en dos —o quizá tres, habría que acudir a los súper especialistas— narraciones. Y sólo en una de forma activa, en el resto se trata de alusiones.

La figura del oponente de Holmes ha adquirido —a pesar de su breve presencia— fama casi equiparable a la del detective. Scotland Yard habla hoy mismo del «Síndrome Moriarty», que induce a ciertos individuos a convertirse en genios del mal para sacudirse las frustraciones de una vida mediocre. No sabemos si fue mediocre el pasado de nuestro perverso, hay teorías para todos los gustos sobre su procedencia y anterior biografía: no se extrañen, algunos han escrito que ambos —Holmes y Moriarty— son dos caras de una misma persona, otros los relacionan con vínculos de parentesco. Algún cineasta moderno ha revelado que M. fue el amante de la madre de H.; otro prefirió opinar que ambos se conocieron de niños, fueron compañeros de colegio y aventuras, y luego Sherlock —tan desmemoriado como Peter Pan— olvidó que su enemigo fue amigo infantil. Todas estas historias, que nunca escribió Conan Doyle, podrían llenar un solo artículo dedicado a los *pastiches*, nuevas versiones, películas, etc., que han sucedido al autor y al personaje. Son tantas que seguramente superan a las oficiales.

Dos ejemplos más: el especialista Santiago R. Santerbás publicó *Una carta inédita del profesor Moriarty* (en la desaparecida revista policiaca *Gimlet*, de corta vida a lo largo de 1981) donde se descubre a Holmes como un muchacho malvado, y a Moriarty como un profesor de Matemáticas perseguido por el implacable alumno. Las preferencias lite-

rarias de Santerbás relacionan a estos personajes con otro de sus autores predilectos, y Lewis Carroll aparece como maestro de Moriarty.

Isaac Asimov (1920-1992), miembro destacado de uno de los clubs holmesianos más ilustres y, como es bien sabido, uno de los más reputados autores de ciencia ficción, publicó un relato sobre Moriarty que le valió su ingreso en dicho club (*Los irregulares de Baker Street*), llamado «El crimen definitivo». El citado relato es el último del volumen *Sherlock Holmes a través del tiempo y el espacio*, traducido al castellano por Editorial Júcar, en 1987. En dicho libro se cuenta la historia del club *Los irregulares*, se alude a las llamadas Sagradas Escrituras, que es como se nombran los textos de Conan Doyle por los fanáticos de San Sherlock (así se refiere Anthony Burgess al detective). Y aparecen en él cuentos de Philip José Farmer, Poul Anderson, James Powell, y otros célebres autores de ciencia ficción. No sólo adoraron a este *Santo* los escritores exclusivos de novela criminal. En él se desvela el auténtico sentido de «La Dinámica de un Asteroide», tesis que escribió Moriarty según menciona Holmes en *El valle del terror*. Y que consistía nada menos que en el definitivo crimen de destruir la Tierra. Un plan digno del mayor genio del crimen, oponente no menos, digno del mayor genio contra el crimen: el vanidoso, astuto, solitario, inmortal Sherlock Holmes. Tan *inmortal* que sobrevivió a su propia muerte en las cataratas de Reichenbach (en «El problema final», último relato de *Las memorias de Sherlock Holmes*). Donde sí murió el pobre Moriarty.

* Juan Tébar es escritor y crítico literario. Este artículo apareció como apéndice en *El regreso de Sherlock Holmes* (Anaya, 1992).

tiempos de la primera cruzada y fue reconstruido en el estilo jacobino del siglo XVI. La mansión está rodeada medievalmente por un foso lleno de agua, y cuando anochece el mayordomo leva el puente levadizo y la casa queda aislada entre las sombras de la noche. Con todo el sabor del género, Holmes y Watson se topan con un cadáver equívoco, una servidumbre aterrada, un despacho antañón lleno de sangre y pistas desconcertantes, una viuda y un fiel amigo sobre los que recaen victoriantamente las sospechas de

una pasión ilícita que el puritano de Watson cree haber sorprendido en su expansión más escandalosa, una pasión que suministra el inevitable y preceptivo móvil del crimen. Amén de ello disponemos de dos policías, no tan obtusos, Holmes los respeta moderadamente, un escenario cargado de Historia y de historias, unos lugareños chismosos, un pueblecito dormido en el tiempo de la Merry Britain y una posada confortable en la que reponer fuerzas.

Un escenario perfecto para que la roja

hebra del crimen se deslice sinuosa y ominosa por entre milenarias piedras e impecables cespederas. La historia recogida, pedestre pero exactamente, en un folleto turístico proporciona a un distraído Holmes la solución del enigma, que se revela, dramática y holmesianamente, durante una fría velada entre las sombras de la noche. Una historia que cubre la historia de un homicidio cometido en legítima defensa, una muerte que no es sino un eslabón más en una larga cadena de traiciones y lealtades cumplidas y ro-

tas, de crímenes terroristas y policías justicieros, una historia cuyo telón se levantó al otro lado del Atlántico en los campos mineros de Pennsylvania y no concluye allí en Sussex, sino en pleno Atlántico a la altura de la napoleónica isla de Santa Elena cuando en plena galerna los sicarios de Moriarty arrojan por la borda del *Palmyra* el cuerpo del ex detective Edwards, más conocido en Sussex como *squire* John Douglas, un hombre en perpetua guardia, un hombre corroído por su pasado.

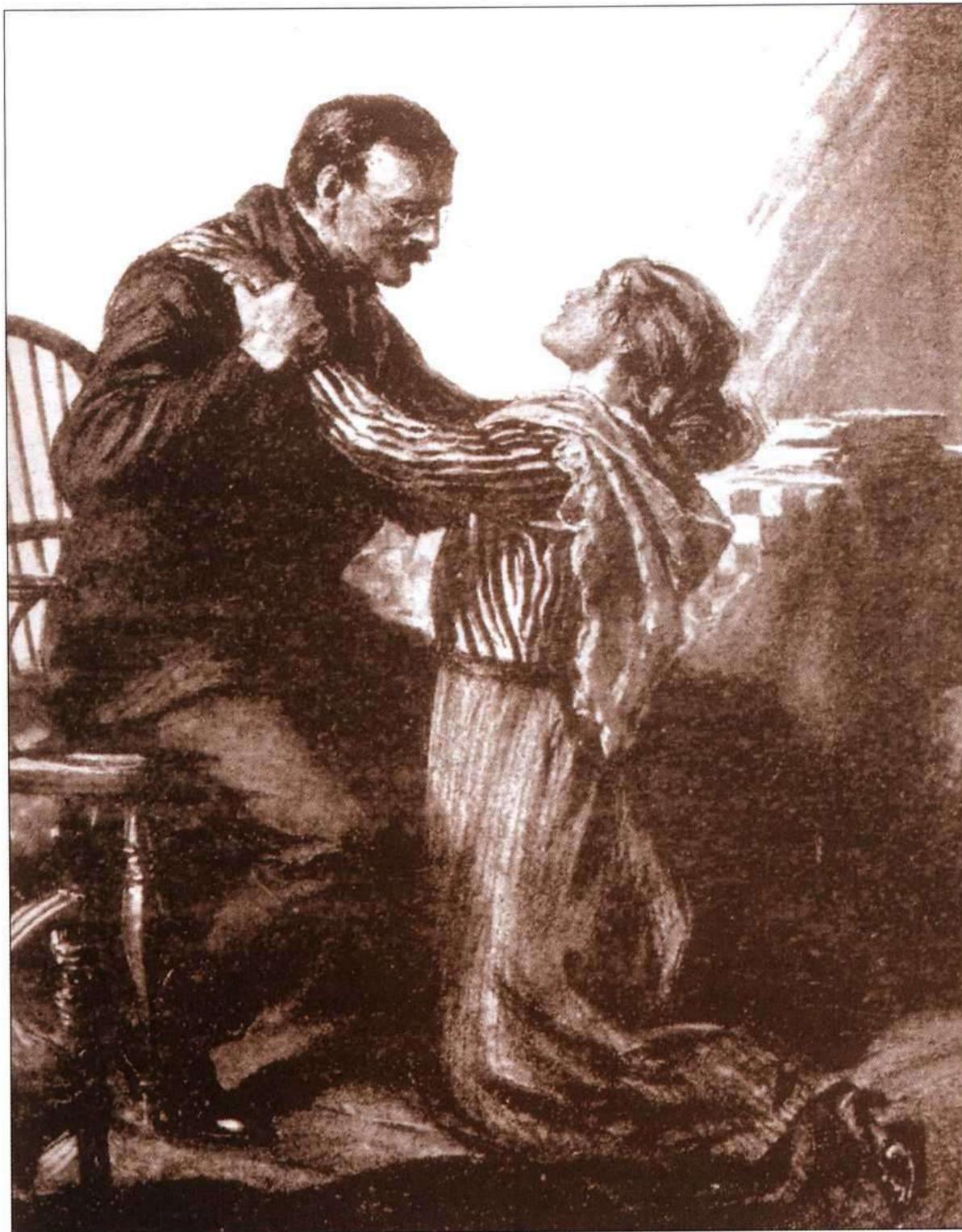
El lado oscuro de Holmes: Moriarty

La primera parte de *El valle del terror* aporta la gran novedad para los holmesianos de introducir, como elemento esencial de la trama, a la Némesis de Holmes, al Napoleón del crimen, el profesor James Moriarty.

Este archienemigo de Holmes tiene, personalmente pienso que por fortuna, una presencia bastante aislada en la saga holmesiana.

De facto, Moriarty aparece súbita, ominosa y dramáticamente en «El problema final», incluido en el volumen de relatos *Las memorias de Sherlock Holmes*. En ese momento, allá por 1891, Holmes se ha cruzado tantas veces en el camino del cerebro inglés del crimen, que la confrontación se hace inevitable. Holmes con la ayuda, casi a ciegas, del fiel Watson, huye o finge que huye a través de Europa hasta las cataratas suizas de Reichenbach. Watson y los lectores asistimos sólo a un escenario convenientemente vacío. Una escueta nota de Sherlock nos da la noticia de ese enfrentamiento final en un estrecho sendero de montaña con un insondable precipicio como destino para el perdedor. «El problema final» concluye con la volatilización de Moriarty y Holmes. Doyle había decidido matar a su fatídico personaje y su Némesis no podía sobrevivirle. Pero en todo caso, astutamente, no mostró el cuerpo de uno y otro.

El retrato que nos legan de Moriarty *El valle del terror* y «El problema final» demuestra el talento y la modernidad de Doyle. Moriarty es una figura fantasmal y evanescente; nunca se nos presenta al



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

lector de manera directa, Watson no llega a verlo jamás, por lo que no pocos comentaristas han llegado a juzgarlo inexistente e incluso, alguno producto de la adicción del detective a la cocaína y a trastornos freudianos.

No es un malo de folletín, sino un malvado inteligente, elegante, despiadado, seductor. El tipo de malvado a la altura del héroe, casi invencible, que fascina a Alfred Hitchcock, y que magistralmente describió Wilkie Collins, uno de los autores que más influyó en Doyle, en casi to-

das sus novelas, pero más particularmente en *La dama de blanco*.

Esta modernidad narrativa de Moriarty va pareja con su modernidad criminal. Se ha escrito que Conan Doyle se inspiró para crear el personaje del profesor Moriarty en algunos de sus maestros jesuitas del colegio de Stonyhurst. Concedémoslo, pues el malvado profesor combina un cierto ascetismo con una elegancia personal tan amenazadora como reservada. Pero en el modelo criminal Moriarty parece haberse inspirado

en criminales históricos como Jonathan Wild y Adam Worth. Al primero incluso lo cita el propio Holmes en *El valle del terror* como una de las referencias de Moriarty.

Esa mente privilegiada al servicio del crimen, instalada como una paciente y letal araña, en apariencia inofensiva, en el centro de la tela que ha tejido con paciencia y en la que atrapa a las víctimas que previamente ha elegido, revela el retrato de un criminal moderno.

Pero Sherlock Holmes no cesará en su lucha contra el profesor Moriarty. Implacable, obsesionadamente, proseguirá la caza volcando todo su talento y energías para atraparlo. Cuando se inicia la aventura de «El problema final» ha llegado tan cerca del centro de la tela de araña tejida por el profesor, que éste, amenazando directamente, emprende a su vez la caza del detective. En Londres se suceden los atentados contra el detective y éste huye para atraer a su adversario a una trampa, un deportivo uno contra uno en el corazón de la civilizada

Europa, en el corazón de la internacional Suiza, residencia de ricos y enfermos. Junto al abismo de las cataratas de Reichenbach, el detective y el supercriminal luchan en abrazo mortal y, aparentemente, los dos desaparecen en el insondable abismo. Antes de esa emocionante jornada, en *El valle del terror*, Holmes resolverá el misterio de la mansión de Birlstone, pero la baza final, el largo brazo de Moriarty se cobra la pieza que le ha sido encomendada, el valeroso detective Edwards, que destruyó un imperio del crimen en el valle de Vermissa.

Sólo años más tarde, junto al abismo de Reichenbach, y aún más tarde cuando reaparece Holmes en el escenario londinense de «La casa vacía» para tender otra trampa al lugarteniente de Moriarty, el viejo y el cruel *shikari*, un desviado, vicioso y pervertido personaje kiplingniano, el coronel Moran, logrará Holmes ajustar las cuentas que año tras año, crimen tras crimen, le llevaba de ventaja el profesor. Tras la desaparición de Moriarty y de sus secuaces, Holmes

recordará con cierta melancolía el vacío que en el submundo de Londres y en su propia vida profesional ha dejado el Napoleón del crimen. Un genio necesita a otro genio con el que compararse, aunque los dos no puedan convivir mucho tiempo en una saga novelesca.

Cruzada contra el mal

Conan Doyle nos presenta en *El valle del terror* un verdadero estudio en Sherlock. Por vez primera le descubrimos en una faceta desconocida en su profesión de detective-consultor. Hasta entonces Holmes se limitaba a desenredar la madeja del crimen a requerimiento de la policía o de clientes particulares. Con su obsesión por Moriarty, Holmes se instala en la cruzada. Señalado el maléfico profesor como el Napoleón del crimen, el detective lo toma no sólo como objetivo personal, sino como una tarea de una cierta profilaxis social que sólo a él, la policía se ha desentendido perezosamente del asunto, parece incumbirle.

De alguna manera, los dos primeros capítulos de *El valle del terror* con Sherlock Holmes confinado en las habitaciones de Baker Street y teniendo como interlocutores-alumnos al fiel Watson y al inspector Mac Donald transcurren como una suerte de *master* que el detective imparte sobre el crimen organizado, Moriarty, el análisis de criptogramas y, en definitiva, de su metodología deductiva.

Pero cuando la acción, las malas nuevas que llegan de Birlstone, le obligan a trasladarse a ese confín de Sussex no lejos de las fronteras de Kent, reaparece todo el estilo y el aroma de las aventuras rurales de Holmes y Watson. El sencillo pero muy eficaz estilo narrativo de Conan Doyle atrapa con pocos trazos el paisaje y la historia del escenario. Su manera de presentar el problema de la



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.

Espasa tiene el valor de lanzar a Miedo y Medio.

Un nuevo héroe de ficción, Gregorio Miedo y Medio, sale a la calle dispuesto a todo.

La ciudad de Zamora, conmocionada por el suceso. Una ola de pánico se ha desatado en la ilustre ciudad al saberse que un nuevo héroe, muy vinculado a la magia y las ciencias ocultas, comienza sus extrañas pesquisas en busca de un supuesto tesoro demoníaco. Padres y profesores buscan desesperadamente contactar con Gregorio, tras notar que hijos y alumnos sucumben al hechizo del personaje.

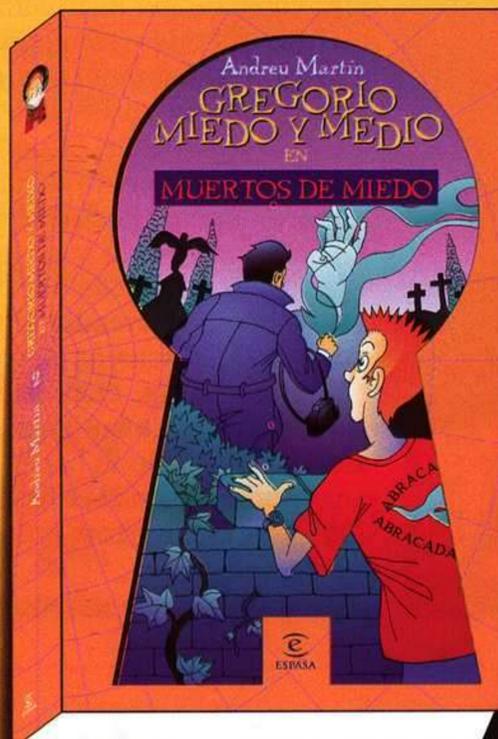
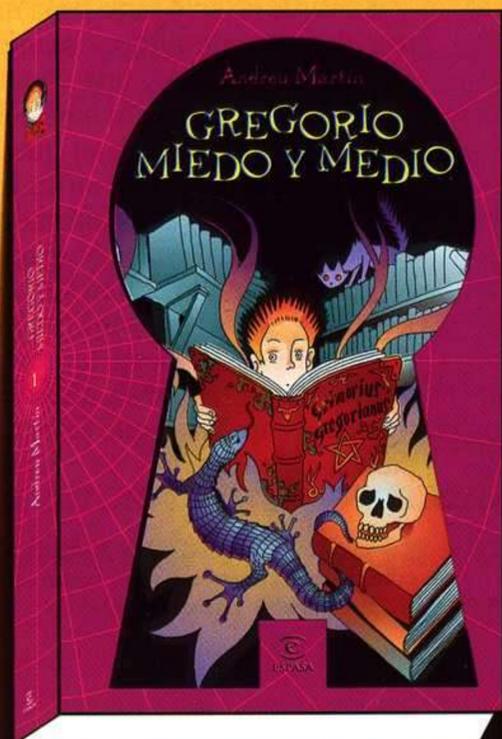
Colapso en las librerías.

La editorial Espasa pide calma ante el colapso que han sufrido numerosas librerías, donde se han registrado escenas de pánico entre un público entusiasmado al descubrir las macabras aventuras que el personaje lleva a cabo en la ciudad. No podíamos imaginar...



NUEVA SERIE

GREGORIO MIEDO Y MEDIO



No te puedes perder esta colección. En ella descubrirás cómo **Andreu Martín**, premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil y maestro indiscutible del género de aventuras, consigue hacer apasionante, desde la primera a la última página, la mejor literatura para jóvenes.



ESPASA

www.espasa.com/novedades

muerte ocurrida en la casa solariega es sencillamente magistral. La lectura del capítulo IV, «En tinieblas», produce verdadero deleite. De un lado porque, *rara avis*, los policías, el inspector de Scotland Yard, Mac Donald, como el policía rural, un personaje que destila humanidad por todos sus poros, White Mason, no son meros tontos que reciben las puyas de Holmes, sino porque la manera en que Doyle presenta sin trampa ni cartón los hechos y las pruebas, las sospechas, la fina dramaturgia teatral con

la que se organizan las entradas y salidas de sospechosos y testigos en el despacho, escena del crimen, y nuevamente *rara avis*, la posibilidad de seguir el razonamiento de Holmes, en gran parte errado dicho sea de paso, convierten *El valle del terror*, en esta su primera parte, en una de los mejores relatos holmesianos.

El desenlace es orquestado por Holmes con su calculado gusto por los efectos teatrales. Tras vencer las reticencias de los detectives oficiales, Holmes, Watson y los dos policías se apostan en el exterior de la mansión. Holmes ha dispuesto una trampa y en la oscuridad exterior, rodeados de un vaho frío y húmedo y con la sola referencia de una lámpara colgada en el portalón de entrada de la casa solariega, aislada por el foso de agua, la noche, el frío y la tensión se apoderan de todos ellos y, como en tantas otras ocasiones, del subyugado lector. La trampa se cierra sobre los supuestos culpables y Holmes destapa el triunfo de sus impecables explicaciones. El muerto, John Douglas, sale a la vida y con él el tenebroso pasado de los Batidores en el lejano y siniestro valle de Vermissa; pero ésa es ya otra historia...

Un thriller trepidante y oscuro

Si *Cosecha roja*, la extraordinaria novela de Dashiell Hammett, supone la lúcida crónica de cómo un hombre, un detective anónimo, inteligente, manipulador, ultraprofesional, implacable y muy duro, limpia una ciudad del Oeste de Estados Unidos, Personville, ácida y lúcidamente nombrada como Poisonville (Ciudadveneno), «Los Batidores», la segunda parte de *El valle del terror* es, sin ningún género de dudas, el precedente directo, la fuente incuestionable en la que bebió y se inspiró Hammett. En pocas ocasiones la destreza como narrador, creador de tipos y dominador de la tensión narrativa, y pintor de atmósferas, cualidades que adornan la obra de Conan Doyle brillan con tanto fulgor como lo hacen en estas páginas que parecen estar escritas con pasión, con el corazón ardiendo por lo que cuentan.

«Los Batidores» es un *thriller avant*

la lettre, un *thriller* que se anticipa en treinta años a los relatos y novelas que crearon un género en torno a revistas míticas como *Black Mask*, la cuna de Hammett, Cain, Erle Stanley Gardner y Chandler. El viaje del camuflado detective Birdy Edwards a las profundidades del valle de Vermissa es un descenso a los infiernos tanto como una jornada a un valle minero asolado por la corrupción, la brutalidad de los patronos y la ira societaria de los trabajadores, un lugar cegado por el humo del carbón y en el que el amor entre Ettie Shaffter y Edwards, alias Jack McMurdo, es de una rareza tan escalofriante como la ahogada conciencia del hermano Morris, la brutalidad dispendiosa de McGinty o la maldad de Ted Baldwin. Un lugar apartado de Dios y la ley, un lugar de silencio y muerte del que nadie escapa incólume. Edwards se enamora apasionadamente, traiciona juramentos, quebranta lealtades, conforta conciencias extraviadas y se conturba con la propia en las frías y desoladas horas del duermevela. Cuando por fin deba escapar del valle de Vermissa, de «el valle del terror», como sucediera a los personajes acosados de «El país de los santos» o a los detentadores de «El tesoro de Agra» que huyen pero no pueden evadirse ni escapar del pasado que los persigue implacablemente porque lo llevan consigo; con reminiscencias bíblicas, el peregrinaje de Edwards por los campos mineros de Pennsylvania prefigura su vagabundeo acosado por los placeres mineros californianos y la campaña inglesa de Sussex.

Edwards no sólo huye de la muerte prometida, sino de alguna manera de una conciencia inquieta, una conciencia que sabe que ha hecho un trabajo por un fin legal, pero un trabajo en el que ha debido ensuciarse las manos, un trabajo hecho para que mucha gente pueda dormir tranquila a cambio de que él mismo no lo haga jamás. Cuando el tren se lleva a Birdy Edwards, alias Jack McMurdo, del valle de Vermissa, se lleva también rostros, amenazas y juramentos, unos viajeros que no se apearán hasta que Edwards lo haga para la eternidad. ■

* Eduardo Torres-Dulce Lifante es crítico de cine. Este texto suyo figuró como apéndice en *El valle del terror* (Anaya, 1998).



FRANK WILES, EL VALLE DEL TERROR, ANAYA, 1998.